

ante los hombres la conquista de todos los reinos de la tierra....Prometedme pues, jóven amigo mio, para no ser ingrato hácia la Providencia, que no habrá respeto humano que os impida, en circunstancia alguna, manifestar vuestras convicciones religiosas y que cumplireis con la mision que os tiene Dios reservada uniéndoos á los que, sea cual fuere la condicion en que los hubiere colocado, predicán su santo nombre con sus obras y por medio de sus firmes creencias.”

Con la efusion del padecimiento promeíse que así lo haria.....

¡El consuelo mas grato, el mas salutífero de cuantos Dios nos concediera, debia tambien arrebataráenos!....El bueno, el caritativo Urba, cuyas piadosas pláticas eran un inagotable manantial de resignacion y de consuelos, fué reemplazado por otro sacerdote llamado Ziack.

No intentaré pintar el dolor que se apoderó de mi corazon al saber que habia de carecer de las benéficas conferencias, de las evangélicas lecciones de aquel digno Urba....pero sí diré que corrian con profusion mis lágrimas en el momento de despedirme de él, que me arrojé en sus brazos sin poder articular palabra, y que le abracé, que le estreché contra mi pecho, cual si fuese á perder con él el ángel consolador de quien la luz y la fé me vinieran.”—Consolaos, consolaos, decíame con bondad; el padre Ziack es un eclesiástico respetable de quien queda-

reis completamente satisfecho; podreis continuar con él vuestros estudios religiosos, pues abunda en fervor y es extremadamente erudito.

Empero yo seguia llorando, porque sabia que no es fácil encontrar dos veces una alma tan tierna, tan cándida, tan animada de amor á Dios y al prójimo, como lo era la de nuestro sentidísimo Urba....

El bien que me proporcionó fué inmenso, porque á él debo haber vuelto con absoluta conviccion y para siempre al seno de la comunión católica, además de los gratísimos alivios que su ingeniosa caridad me supo procurar durante el poco tiempo que tuve la felicidad de gozar de sus consoladoras conferencias. ¡Sea pues por siempre venerado su gratísimo nombre, y bendito en mi corazón y entre mis deudos!.... ¡Quiera Dios que reciba en la tierra, así como en el reino de los justos, el premio de los angélicos consuelos que supo prodigar á los desventurados reclusos de Spielberga!

LACORDAIRE.

Los pormenores que se van á leer, relativos al ilustre orador que evangeliza hoy á la Francia con tanto fervor como buen éxito, se han

extraído de una obra del señor Guillemín, abogado empleado en el tribunal de casacion. El señor de Guillemín es quien habla;

En el año de 1821 el jóven Lacordaire, à quien no conocia, presentóse en mi casa con una carta del señor Riambourg, en otro tiempo procurador general del rey y que era en aquella sazón presidente del real tribunal de Dijon, magistrado distinguido, filósofo cristiano, quien me honraba con su amistad mucho tiempo hacia. En esta carta proponíase me que recibiese como colaborador mio al jóven abogado dador de ella, y hacíase me de él un retrato cuya semejanza con el original desde luego se echaba de ver que era exacta. Hablábase me de su candor, de sus felices inclinaciones, de los brillantes adelantos que habia hecho estudiando el derecho en Dijon, y añadíase que no faltaba sino que diese al recomendado *una buena direccion* en Paris. Confrontando el aspecto decente, y el casi angélico semblante del protegido del señor Riambourg, y aquel candor que formaba una parte de la descripción del individuo, dije á este: “Si no comprendo mal esta frase de la carta, sobre que os indique un buen *director*, se trata, me parece, de que os busque un buen confesor.” Y al proferir estas palabras, ví el rostro del que creia un ángel de piedad repentinamente manifestar una viva sorpresa, y oíle contestarme con apacible igenuidad: “¡Confesor para mí! ¡oh, no! yo no acostumbro confesarme, por la razon de que no creo; si tuviera

la felicidad de creer, enhorabuena, me confesaria; pero no debo confesarme supuesto que no creo.” Notábase en el modo con que se proferieran estas palabras, aun cuando me hicieron retirar inmediatamente mi proposicion, no sé qué encanto indefinible de franqueza y lealtad, que me hizo no pensar ni por un instante en negarme á la colaboracion de un jóven tan sincero y además tan bien recomendado. “La luz sin duda penetrará con el tiempo en su alma, djeme para mí, y no debo desesperar de la conversion de un amigo del señor Riambourg, que es la austeridad y la virtud personificadas.”

Entonces, dirigiéndome al jóven, le dije: “¿Será eso un obstáculo para que trabajemos juntos? — ¡Oh no, caballero!”

Y por espacio de año y medio el señor Lacordaire justificó cuanto se había dicho de su elevada inteligencia, de su florida imaginacion, y del candor de su carácter y de sus costumbres. Las memorias y consultas que redactaba, y de las cuales he conservado algunos manuscritos, llevaban siempre el sello de un gran talento.

Pues me habia manifestado tanta franqueza el señor Lacordaire al confesarme su incredulidad, procuré ser sumamente reservado con él en todo lo que á la religion concèrnia. No creo que me haya acontecido provocarle una sola vez á discusion alguna teológica. El era quien de motu propio entablaba siempre cuestiones á las cuales contestaba yo mas bien con la fe del corazon, que con los argumentos de la ciencia.

No tengo bien presente que tuviéramos mas que dos ó tres conversaciones sobre asuntos de esta naturaleza durante las hermosas noches del estío de 1822. El señor Lacordaire tenia un admirable modo de discutir; olvidábase absolutamente á sí propio, y no se acordaba mas que de investigar la verdad; la pureza de su vida no le permitia encontrar interés alguno en obrar en sentido contrario. Con bastante frecuencia sucedia que guardase silencio sobre las contestaciones que se daban á las objeciones que oponia, y sin convenir desde luego en ellas, las llevaba sin duda en la memoria para meditarlas á su sabor con la rectitud de sus intenciones; en una palabra, buscaba la luz de buena gana.

En 1822 el señor Lacordaire tuvo á bien seguirme al conferírseme el empleo de abogado en el tribunal de casacion y en los consejos, empleo que era sin disputa el de mas consideracion en aquel tiempo. Las árduas cuestiones de derecho se tratan ante aquella suprema jurisdiccion, poco mas ó menos como en las cámaras las legislativas, y la sala de audiencia del tribunal de casacion bien pudiera denominarse la tribuna de la jurisprudencia. La elocuencia del señor Lacordaire se adaptaba todavía mejor á esta especie de elevada discusion que á simples cuestiones de hecho. . . .

El señor Lacordaire no tenia aún veintidos años, y á pesar del decreto de 20 de noviembre de 1822, que se revocó posteriormente, tomaba parte en los debates sin que los magistrados se

informasen sobre su edad que parecia ser menos todavía de lo que en realidad era; su talento era el salvoconducto de su palabra.

Proseguíamos de este modo en nuestras tareas cuando uno de los primeros dias del mes de mayo de 1823 por la mañana, entró á mi estudio mi jóven colaborador y me dijo con conmovido acento: —“Voy á separarme de vos.—¿Y por qué? ;nos hallamos tan bien los dos juntos! —Es que no me voy á trabajar en mi profesion á otra parte; es necesario que os confiese que hace seis meses que estoy luchando; ahora ya CREO, y CREO con conviccion tan íntima, que para mí no hay medio; es preciso que me consagre á Dios, es preciso que abraze el SACERDOCIO.”

Al oír aquella imprevista revelacion una especie de temblor sobrecogióme. No se trató de un viaje lejano como se ha dicho por la prensa, sino únicamente del seminario de San Sulpicio á donde el jóven converso tenia el buen pensamiento de ir espontáneamente á recoger la ciencia y piedad verdaderas; lo único que detenia al señor Lacordaire era que deseaba conseguir un lugar de capense á fin de disminuir, en todo aquello que en su mano estuviese, los desembolsos de su familia, que habia hecho ya por él muchos sacrificios pecuniarios. “No sé, por él dije, lo que se debe hacer para alcanzar ese favor; pero vamos á ver al señor abate Boudot ó al señor abate Borderies, que son vicarios del arzobispado, á quienes tengo el honor de cono-

cer particularmente, y ellos nos dirán qué pasos es indispensable que demos.”

Esta vocacion presentaba indicios tan notables de verdad y de santo fervor, que me sentí como impelido por una súbita revelacion y con alas para volar con la velocidad de aquel ángel hácia el logro de sus deseos; por otra parte, íbamos à dar al manantial de los acertados consejos. Todo lo que acabo de referir habia acaecido en el espacio de unos cuantos minutos, y como no vivia yo léjos de la catedral de Nuestra Señora, en menos de media hora ya nos habiamos visto con el señor abate Boudot, compatriota nuestro, quien nos recibió con su genial bondad y nos envió hácia el señor abate Borderies, que estaba en el arzobispado, á fin de que con él hablásemos. Después de las primeras indicaciones y de haberle dicho lo que sabia tanto por lo que me habia dicho el señor Riambourg como por lo que yo mismo habia notado, y especialmente por la franqueza del jóven Lacordaire, llevòle á parte el señor Borderies, sin duda para hacer mas completo examen, y volvió con él manifestando aquel contento del buen pastor que llora por exceso de júbilo. Todos los que conocieron de cerca al señor Borderies, á quien la diocesis de Versailles, tantos amigos que tenia y mas que todos su digno sucesor en el obispado, llorarán todavía por espacio de mucho tiempo, saben cuan acertado ojo tenia para calificar las almas que á sus desvelos estaban confiadas. Habia formado

juicio del corazon del buen Lacordaire, é inmediatamente le dijo: “Escribid simplemente á vuestro obispo la carta que voy á dictaros.” Y después de haberle hecho las indispensables preguntas acerca de su nombre, su edad y su pais natal, dictòle en efecto una carta concebida en los términos mas sencillos, en la cual se solicitaba un *auto de excorporacion*, por que, decia la carta, *ha alcanzado de la bondad del Ilmo Señor arzobispo de Paris un lugar de capense en el seminario de San Sulpicio.*

Pocos dias después expidióse la concesion, y el señor Lacordaire entró en el seminario de Paris el 12 de mayo de 1823, aniversario de su nacimiento como tanto lo habia deseado.

No tardó en esparcirse por Dijon la noticia de este suceso y admiráronse todos de que el señor de Boisville hubiese accedido tan fácilmente á la solicitud tratandose de un individuo tan eminentemente distinguido; pero el Ilustrísimo señor obispo contestó que no le conocia, y que la carta que habia recibido no manifestaba por su estilo semejante distincion en el individuo que la dirigiera.

La familia del señor Lacordaire se affigió mucho á los principios. Estaba yo muy inocente de aquel pesar que recibia, y sin embargo no me vi libre de que de mí se sospechase; pero tuve la oportunidad de explicarme con la piadosa madre, que me dió una satisfaccion y que encontró en su fe y vigor la suficiente fortaleza para sobrellevar con resignacion tama-

ño sacrificio. Fué devuelto su hijo á su salida del seminario, y éste ya no se separó de ella; pero pocos años después tuvo el dolor de perderla y el consuelo de recibir sus últimos suspiros.

Volvíle á ver disfrutando de gran felicidad, en Roma, durante las vacaciones del año 1838, á donde me trasladé con mi hijo que tedria entonces de once á doce años. El señor Lacordaire, desde arriba del Palacio Albani que era donde moraba, tuvo á bien indicarnos la circunscripeion de la antigua Roma y la division de las siete colonias. “¿Quien nos hubiera dicho hace cinco años, exclamó con grata emocion, que nos encontrariamos hoy en Roma, vos con un hijo (en 1823 no lo tenia) Y YO CONVERTIDO EN SACERDOTE?”

PIEL Y REQUEDAT.

Después del señor Lacordaire cuya interesante historia acabamos de referir á nuestros lectores, preséntanse dos jóvenes distinguidos por su inteligencia, por sus talentos y por las nobles dotes de su alma, y estos son Piel y Requedat, primeros compañeros del restaurador de la orden de Santo Domingo en Francia.

Luis Piel nació en Lisieux el año de 1808. Asuntos de familia obligáronle á que interrumpiese sus estudios, á los cuales habia dado principio de un modo brillante. Trasladóse á Paris y colocóse en una casa de comercio, sin tener gusto á esta carrera. Indújole un dia su imaginacion á hacer versos, los cuales envió al cancionero Berenger, quien le contestó de un modo sobre manera lisonjero.

Habiéndose vuelto en breve al seno de su familia por la repugnancia que tenia, como lo hemos dicho, á la ocupacion de dependiente de comercio, colocóse en un oficio de escribano. Este empleo tambien le disgustó y manifestó á su padre formalmente que queria ser arquitecto. Nada le detuvo para llevar á cabo la determinacion última que tomara, y á la edad de veinticuatro años dedicóse con entusiasmo y con empeño al estudio de la arquitectura, y desde luego se propuso seguir una senda separada y trabajar en la renovacion del arte bajo el punto de vista religioso.

Desgraciadamente ni él ni sus compañeros comprendian suficientemente que la moralidad del artista es un indispensable elemento para que se pueda distinguir en el arte que cultiva. Sin embargo Buchez, que en aquella sazón se ocupaba en formular su sistema filosòfico, que apoyaba en el cristianismo, no tardó en contar á Piel en el número de sus adeptos; y á pesar de lo incompleta que era la doctrina de aquel filósofo, sirvió para que se encaminase el joven

arquitecto hácia la fe, por medio de la ciencia, la historia y al arte.

Habiéndole conducido á Nantes la esperanza de edificar allí una iglesia de un estilo verdaderamente católico, tuvo la felicidad de entablar allí relaciones con dos hombres que debían ejercer en su porvenir la mas salutifera influencia; estos fueron Pedro Requedat y Thomasco. El primero de ambos cautivó su corazón, y el segundo iluminó su entendimiento.

El señor Thomasco había echado de ver cuánta abnegacion y cuánto heroísmo existían en aquella alma de arquitecto que quería consagrar todo su talento á la gloria de un Dios á quien todavía no sirviera, y moderaba con prudentes consejos la impaciencia algo fogosa de su amigo. “La paciencia, decíale, es superior al ingenio, porque es la virtud misma. Meditad en que el arte os necesita, y pensad en que en esta época miserable es uno de los mas dignos medios con que podeis tributar homenaje á Dios supuesto que acaso sois el único en Europa que comprenda ese arte como cristiano. Os lo digo porque creo que ese pensamiento, en lugar de enorgulleceros, os hará mas severo para con vos mismo por lo que hace al empleo que debeis hacer del tiempo y vuestras facultades.” En seguida inducíale á llegar, por medio de la humildad, á una fe práctica.

Piel, habiendo regresado á Paris; fuése á ocultar en una vivienda de la calle del Claustro de Nuestra Señora. Desde las celosías de su cuar-

to percibía la catedral y el hospital de caridad; la mansion del Señor y la morada de los pobres. De este modo habíalo todo dispuesto Dios para dar la postrera lección á aquel corazón de artista. Una de sus hermanas que era buena, sensible y piadosa, era la cabeza de aquella modesta familia. El ejemplo de las virtudes de aquella jóven conmovía á Luis, empero no le inducía á imitarlas.

“Es verdad que oíamos hablar, dice uno de sus amigos (el señor Teyssier), de quien tomamos este relato es verdad que oíamos hablar de vez en cuando de individuos que se volvían sinceramente á Dios, siendo muchos de ellos conocidos nuestros; pero estos lejanos ejemplos prestaban poquísimos vigor á nuestra flaqueza que se hallaba robustecida por un dilatado hábito de sistemática indiferencia para con las cosas del culto.”

No tardó Requedat en ir á reunirse en Paris á Piel, su querido amigo. Muy débil es, en verdad, esta denominacion de amigo para caracterizar la intimidad con que aquellas dos almas se hallaban unidas. Lo que el uno quería, igualmente lo quería el otro; lo que el uno hacia también lo hacia el otro. Tenían los mismos sentimientos, la misma voluntad, los propios deseos; en una palabra, eran hermanos, porque como hermanos vivían. Piel era el mas fuerte por lo que hace á la inteligencia y á la ciencia que tenia adquirida; empero érale superior Requedat en las sensaciones y en la eleva-

cion del alma. El fué el que cediera primero á la gracia que desde mucho tiempo hacia le estaba instando á que se rindiese; el fué el primero que se arrojara á lospiés del sacerdote que reconcilia y que participara del manjar divino.

Cuando supo Piel que su amigo habia vuelto á la recta senda no tardó en imitarle, y escibió-á su padre diciéndole: “Dios nos concede gracias y beneficios de todo género; por eso no he querido yo serle mas tiempo ingrato. Ya estaba decidido yo á normar mis acciones á mi creencia, porque no bastaba con que creyese todo lo que enseña la Iglesia, sino que tambien era preciso que practicase lo que manda que se practique, y esto es lo que he hecho. . . . Tuve la oportunidad de conversar sobre este particular con mi excelente amigo, quien habló á su director de conciencia con quien fui á verme.

La piadosa hermana de Piel encontrábase junto á la santa mesa, cuando el neófito recibió el sacramento de la Eucaristía. “En un mismo dia, decia en una carta á su padre esta admirable jóven, en el mismo banquete, y puestos el uno al lado del otro, recibimos ambos la Pascua. Lo que he sentido durante la misa, y especialmente hallándome á la mesa eucarística, es inefable. Yo habria querido que hubieras estado conmigo para que hubieses participado de mi ventura. . . . ¡Ay qué dia aquel, amado padre! . . . ¡Si vieras con qué paso camina Luis por el sendero de los perfectos! ¡Ay! entonces

si podrias llamarte un venturoso padre como realmente lo eres. Regocijate y bendice á Dios por haberte dado tal hijo. Si te ocasionó algun pesar entrega al olvido aquel tiempo que ya pasó y que le tiene Dios perdonado. Olvida todos tus otros males y entrégate completamente al júbilo que debe causarte su regreso á la buena senda. En cuanto á mí, he derramado lágrimas y no sé cómo demostrar mi gratitud al que nos ha colmado de contento.”

Ambos amigos reunidos en el Señor, no tardaron en consagrarse absolutamente á él en la órden de los hermanos predicadores. Requedat fué tambien el que diera el ejemplo en esto, y su amigo Piel le siguió á poco.

El 30 de abril escribia este último á su padre, desde Marsella, lo siguiente: “Me despido otra vez de tí antes de ausentarme de esta tierra de Francia, donde permanecerá mi corazon cuanto la obediencia me lo permitiere. Dios me ha concedido la gracia de haber siempre amado mucho á la patria; le tributo las gracias en este momento en que es su voluntad que me aleje. Dejo en ella un padre á quien entrañablemente amo, amigos muy queridos, y sobre todo, sepulcros que encierran preciosas cenizas. No me ha sido posible orar en ellos como lo habia deseado con ardor cuando emprendí mi último viaje, pero tú pagarás por mí esta deuda en compañía de la familia. Cuando veais en necesidad á personas que no sean del país, auxilia-

las en el nombre de Jesucristo y en memoria de mi ausencia. Dios es testigo de que nunca cesé de amaros. Habria querido proporcionaros á todos mayor tranquilidad durante vuestros últimos dias, y habria apetecido llenarte á tí de regocijo con aquella poca de gloria que parecia prometerme el mundo; pero demos ahora al olvido aquellos frívolos proyectos con que tanto nos engreiamos”

Llegado que hubo á Roma escribió de nuevo á su padre: “Hoy he ofrecido la comunión á Nuestro Señor por intencion tuya. He puesto á tí y á vosotros todos bajo la proteccion divina, y le he pedido que se sirva hacer que palpéis los efectos de su tierna Providencia, que os haga conocer lo que puede haber de ventajoso para vuestra salvacion y la mia en la separacion que ha operado, que mitigue el pesar que hoy esa separacion cuesta y que le quite su amargura; pídele sobre todo, que se cumpla su divina voluntad en nosotros, ahora y hasta el cabo. No te olvides, queridísimo padre mio, que al sacrificarme tú al Señor, no puedes alcanzar mérito alguno sino en virtud de los sentimientos de amor y gratitud que acompañen tu sacrificio. He sido, y soy aún el último de los pecadores, mas espero que en consideracion á tu fe, á tu ancianidad que necesita apoyo y á las esperanzas que en mí cifraras, se servirá mirar nuestra separacion como una deuda que procuro satisfacer y como un sacrificio que tú por tu parte consumas. Ya verás como le es

acepto y como te lo tiene en cuenta el dia que á su presencia comparezcas.”

El Señor tenia ya dispuesta una corona para aquellas dos almas preciosas. Requedat, á quien siempre tocaba la iniciativa de las gloriosas citas, fué el primero que se ausentara de la tierra. Murió el 2 de setiembre de 1840, despues de haber estado padeciendo, por espacio de un año y dos meses, de una enfermedad durante la cual desplegó un valor, una paciencia, y una resignacion admirables.

El 17 de diciembre de 1841 reunióse Piel á su digno amigo. Tuvo una enfermedad de sobre seis meses. El 17 de diciembre se debilitó de tal modo, indicaba su semblante un abatimiento tan grande, que se consideró que era tiempo de que el sacramento de la Extremauncion se le administrase. Preparóse á este acto, y consumólo con sosiego una hora después de haberse unido, en virtud de la santa comunión, á su Salvador amadísimo. El efecto que produjo en él la recepcion de ambos sacramentos, fué prodigioso; esparcieron en su alma una indefinible mansedumbre, y desde aquel momento hasta su muerte estuvieron llenas sus palabras de una unción y de una dulcedumbre que no se cansaban de admirar los que le vieran.

Nuestro Señor, que, durante el curso de su enfermedad, se habia siempre mostrado para con él tan bueno, dió en aquellos momentos mayor fortaleza á su alma. Lleno de humilde ar-

repentimiento y de un vehementísimo deseo de unirse al Criador: ¡“Cuánto padezco, decia de vez en cuando, cuanto padezco, Dios mio! pero no me quejo, Señor, no me quejo; todo esto nada es comparado con lo que merezco. ¡Ay cuán grande es la divina misericordia supuesto que me sacó del abismo en que me encontraba y permitió que viniese yo á morir aquí, en medio de tantas gracias, en el seno de la santa Iglesia y auxiliado con todos los sacramentos!”

Y volviéndose á su crucifijo, besábalo con intenso amor diciendo: ¡“Dulce Jesus, dulce Jesus mio, cuán bueno sois, cuán bueno! . . . Luego que me pongo á meditar en todo lo que he hecho contra Dios, no comprendo como ha podido tener de mí misericordia. ¡Ay Dios mio, son graves en tal extremo mis pecados! . . . Toda mi esperanza está cifrada en la sangre de Jesucristo.” Y besaba de nuevo el crucifijo y lo apretaba contra los labios repitiendo: “¡Dulce Jesus, dulce Jesus mio!”

Uno de sus dignos hermanos, aquel de ellos que le velaba, suplicóle que cuando estuviese cerca de Dios se acordase de aquella orden naciente, de su padre, de sus hermanos y de su patria. Levantó entonces la cabeza, y con una mirada en que se pintaba el cariño: “¿Cómo podeis imaginaros, contestóle, que os llegue jamás á olvidar en cualquier parte en que estuviere?”

En aquel momento parecieron disminuirse un tanto en tanto sus padecimientos y su respira-

cion fué menos ruidosa; dijo que deseaba dormir un poco y que estuviesen un rato sin hablarle. Media hora despues habia entregado á Dios su alma.

De este modo se durmieron en el Señor los dos jóvenes cuya conversion hemos referido, de suerte que podemos abrigar la esperanza de que serán para nuestra Francia agradables hostias que atraeran sobre tantos corazones que están apartados de Dios, la abundancia de las celestiales bendiciones.

DELAURO-DUBEZ.

Ahí teneis un anciano que, después de haber llegado al invierno de la vida, y viéndose honrado de la mas alta consideracion en las honoríficas funciones de la magistratura, echa por fin de ver que ha perdido, en un trabajo inútil, los dilatados años de su existencia. Percibe que á la vez que ha estado haciendo uso de los dones de que le habia colmado el cielo, ha olvidado y desconocido al Bienhechor que se los habia, tan generosamente, concedido. El medio de que se sirve la bondadosa Providencia para conducir al sendero de la verdad al magistrado sexagenario, es el recuerdo de una ma-